



# Entrevistamos a D.ª Amparo Quintana



AMM

**Dicen los sociólogos y politólogos que la crispación política se traslada a la vida diaria del ciudadano y estamos en la sociedad de la polarización. ¿Pueden hacer algo los políticos para evitar esto? ¿Deben hacerlo?**

De un tiempo a esta parte somos más conscientes de la crispación social que existe. Sin salir de España, quienes llevamos viviendo unas décadas sabemos que hubo un tiempo no tan lejano, la llamada Transición, en que el consenso fue posible, así como el diálogo sin estridencias, donde cada cual era libre para opinar sin miedo a provocar un maremoto y mucho menos a ser descalificado o insultado por su simple opinión.

En los albores del siglo XXI, la Ley 27/2005, de 30 de noviembre, de fomento de la educación y la cultura de la paz, habla en su preámbulo de la violencia y confrontación que jalonó el siglo XX, subrayando que esa deriva adversarial pone de manifiesto "siete inseguridades graves que, muy a menudo, generan frustraciones y,

consecuentemente, violencia a escalas muy diferentes", como la económica y financiera, la de rentas, cultural, sanitaria, personal, ambiental, y política y comunitaria. Esta ley, que fue aprobada en las Cortes por unanimidad de todos los diputados y senadores, es muy clara al recoger que la cultura de paz se tiene que implantar a través de la eliminación de la intolerancia, de la promoción del diálogo y de la no violencia "como práctica a generalizar en la gestión y transformación de los conflictos". Esta ley sigue vigente.

Por tanto, los políticos no solo pueden evitar esa polarización, sino que deben hacerlo. Me baso para decirlo, en primer lugar, porque la norma a la que me refiero debe cumplirse y hacerse cumplir. Y en segundo lugar, por la propia ética política, cuyos orígenes se remontan a la antigua Grecia. Filósofos como Platón o Aristóteles consideran la política como el arte del bien común, una materia o actividad que persigue el bien de las personas. La permanen-

te confrontación, el relato excluyente, los cordones sanitarios o los muros separadores, lejos de perseguir el bien común, terminan generando esas inseguridades graves que, si ir más lejos, recoge el preámbulo de esa ley.

No es sano para la ciudadanía permanecer en continua contienda, levantarse cada mañana como quien acude a una trinchera y percibir las cosas en compartimentos estancos e incompatibles. Es más, el tema no se queda en el plano político, sino que se traslada al ámbito laboral, familiar, vecinal, pudiendo generar a su vez otros conflictos. Todo esto, sin contar los problemas de salud mental que pueden producirse por miedo, pensamientos obsesivos, aislamiento, susceptibilidad excesiva, desconfianza, etc.



**¿Hay exceso de información? ¿Selecciona el ciudadano esa información y eso produce el “sesgo de la confirmación”, tan temido porque radicaliza a la sociedad?**

Creo que la cuestión no es que haya mucha información, sino que la mayoría de la que se recibe está sesgada de antemano por algunas de estas cuestiones:

Por un lado, la forma de acceder a las noticias se efectúa por un número considerable de personas en las redes sociales, es decir, a través de mensajes escuetos publicados por usuarios que los utilizan para reforzar su idea u opinión o para rebatir lo que piensa otro.

Igualmente, la información a la que se accede a través de medios más tradicionales (diarios analógicos o digitales, radio, televisión...) también está trufada de cierto sesgo en virtud de la línea editorial que muchas veces viene contaminada por grupos políticos o grupos de presión que contribuyen al sustento de tales medios (subvenciones, líneas de crédito, donaciones, etc.).

La información obtenida directamente de la



fuente política (ruedas de prensa, declaraciones oficiales, etc.) no suele percibirse como veraz al cien por cien por razones obvias.

Este caldo de cultivo hace que, efectivamente, podamos hablar de sesgo de confirmación, así como afirmar que el mismo nace de todo cuanto venimos apuntando en relación con la confrontación y la polarización. Se diría que el diálogo ha perdido valor a nivel general en cuestiones políticas y da la impresión de que este estado de cosas se aprovecha; es el clásico “divide y vencerás” o el “conmigo o contra mí”. En esa necesidad artificialmente creada que lleva a muchas personas a tener que definirse o aliarse, se desecha todo aquello que parece no cuadrar con los autoprinicipios mantenidos.

Y yendo un poco más allá, tales comporta-

mientos son claramente inmaduros, pues en el fondo denotan la inseguridad para mostrarse fuera del grupo de iguales.

**¿La sociedad es plural y compleja y lo que espera de nuestros políticos es que calmen en ambiente? ¿O es la sociedad la que demanda este perfil político que sube tanto el tono de los debates?**

Hablar de qué fue primero, el huevo o la gallina, a lo único que nos puede llevar es a que nadie asuma su parte de responsabilidad, produciéndose una tautología.

Ahora bien, la Historia (con mayúscula) nos demuestra que los políticos, cuando han querido, han calmado o azuzado, dependiendo de los intereses del momento. También es cierto que en la actualidad se gobierna en la mayoría de los países occidentales siguiendo directrices

supraestructurales que normalmente se ubican en latitudes muy alejadas del país en cuestión.

Estando así las cosas, resulta imprescindible fomentar políticas pacificadoras, incorporar a los planes educativos, desde las etapas más tempranas, materias que fomenten la comunicación no violenta, la empatía, la asertividad, la colaboración y la gestión constructiva de los conflictos.

**Ante las últimas noticias de crispación, por ejemplo, en el parlamento italiano y el hecho cierto de que en Italia funciona la mediación, ¿crees que el ciudadano toma sus propias decisiones? ¿Crees que el ciudadano ve ese espectáculo político, pero no se siente identificado con él? ¿Qué tenemos un ciudadano maduro que prefiere pactos para convivir?**

No hace falta irse a Italia para percibir una sociedad crispada; en España llevamos alterados e irritados desde hace años. La ciudadanía dice que no confía en los políticos, pero como somos animales políticos (Aristóteles), en el fondo no nos sustraemos de hacer valoraciones, emitir juicios, adscribirnos a una corriente de opinión, etc.

Pienso que se está transmitiendo la idea de que los pactos y el consenso se quedan en el ámbito privado de los divorcios, contratación o indemnizaciones, por ejemplo, habiéndose

descuidado el campo de lo público y general. Aun así, estoy plenamente convencida de que una sociedad madura es la que elige el

diálogo y el pacto para convivir y esto es asunto de todos. También creo que los políticos deberían acudir a mediadores profesionales cuando les cuesta ponerse de acuerdo, pues de nada sirve que legislen en materia de MASC si los hechos no lo acompañan. Ellos, que hablan tanto de “hacer pedagogía” en múltiples materias, se olvidan de

que la convivencia es la base de la sociedad. Como afirma el neuropsiquiatra Boris Cyrulnik, a quien se le considera el padre de resiliencia en psicología, se basa en la cooperación y en la idea de que nuestro cerebro es una escultura porque, a pesar de los obstáculos y errores, podemos volver a moldearlo, pero siempre con la ayuda de los demás.

